

**(IR A LA PÁGINA 5 – GO TO PAGE 5)**

Paisajes literarios

1. [Inicio](#) |
2. [Ruta del Califato](#) |
3. [Ruta de Washington Irving](#) |
4. [Ruta de los Almorávides y Almohades](#) |
5. [Ruta de los Nazaríes](#)

Ruta de los Nazaríes, un paisaje literario

Por Sierra Morena, donde la calzada romana inicia el declive hacia el Saltus Castulonensis, entre arcaicas llagas de la minería y olvidados talleres de exvotos ibéricos, hay un llanete repetido al que llaman Las Navas, escenario que fue de la batalla de Alacab (en castellano) o de Ins al-Iqab (en árabe), librada el lunes 15 de Safer del año 609 de la Hégira, el 1212 de la Era Cristiana. En esas tierras montoneras, cercadas por el aroma hidroterápico de los alisios y recosidas en hilván por las jaras, plaza mayor durante siglos de los salteadores de caminos, en esas tierras, digo, basta remover el suelo para cosechar a manos llenas puntas en hierro fundido y otras en hierro majado en frío, unas corroídas por la hemoglobina heroica y todas patinadas por el relente secular.

Tantísimo derroche de saetas pertenece al escombros ferretero, marcial decían los antiguos, de la citada batalla de Alacab, el ferocísimo encuentro entre Alfonso VIII de Castilla, Pedro II de Aragón, Sancho VII el Fuerte de Navarra, más los cruzados de allende el Pirineo, y las huestes del emir Muhammad ben Yacub al-Nasir, integradas por voluntarios andaluces, tropas almohades y guerrilleros berberíes. Se juntaron muchos de uno y otro lado religioso, tantos, escribe un cronista musulmán, que parecían desmesurados enjambres de langostas. Así debió ser, pues el inventario histórico estima el ejército de la cruz en 60.000 castellano/aragoneses y 200 caballeros navarros, más los misioneros europeos del sable, y la milicia de la media luna en 100.000 individuos, gran número de ellos importados de Marruecos y aparcados en Tarifa a la espera de un enfrentamiento decisivo para los almohades, como ya ocurriera en Alarcos (1195). Un observador almohade resume la lucha en dos frases: «la matanza de musulimes duró hasta entrada la noche y los cristianos no dejaron uno vivo de tantos millares» «Fue una carnicería de infieles», testifica el trovador aragonés. Un año más tarde (1213) y en Marraquech, muere Muhammad ben Yacub al-Nasir de diversos diagnósticos: de tristeza por la derrota en Sierra Morena; de placer rijoso elevado a estragamiento; de poción inficionada que le dieron de beber y, lo más seguro, de mordedura de perro. Con al-Nasir desaparece el imperio almohade.

Bien, partimos de las Navas de Tolosa. Antes, y perdón por el anticipo, quiero recordar la fecha de la batalla de Alarcos, la gran victoria de los almohades sobre los cristianos. Ocurrió

el sábado 5 de Xaban del 591 de la Hégira (el 1195 de nuestra era). En ese año, el miércoles 9 de Xaban, cuatro días después del desastre castellano en Alarcos, nace en Arjona, actual provincia de Jaén, Muhammad Ibn Yusuf Alhamar, fundador de la dinastía nazarí y creador del Reino de Granada, ejemplo último y magnífico de la cultura árabe andaluza. Dicho lo cual, nos ponemos en camino.

Salvada la barranquera sur del Arroyo del Rey y en el ras de Santa Elena, viniendo de Despeñaperros, nunca he sabido si los despeñados eran perros cristianos o perros musulmanes, se sale hacia el balneario de La Aliseda, fregadero de achaques mentales y físicos y, como indicamos hace un momento, lavadero de la honra cristiana en 1212. El paraje, aparte su condición mineromedicinal, ha sido siempre cuatrocaminos de todos los horizontes. Por allí atochó la Vía Hercúlea y el féretro de Isabel la Católica, por allí pasó Andrea Navagiero y el oro americano desembarcado en Sevilla. Los íberos del Collado de los Jardines tomaban las aguas celestiales en torno a la Aliseda y, de paso, naturalmente, cobraban peaje a sus parientes de la Turdetania y la Bastitania y a cuantos mercaderes transitaban de Obulco y Cástulo al Viso del Marqués y viceversa. Ellos crearon esa primera aduana caminera que tenía más de palmar de troya que de fielato carabinero. Luego, el ingeniero francés le Maur construye la «magnífica carretera» de Despeñaperros, en 1779, y se borra de la cartografía como itinerario con más de treinta siglos de servicio. Hoy, la Autovía de Andalucía, que da esquinazo a las poblaciones serranas, nos permite deslizarnos por un tobogán de litargirio a cuyos lados permanecen varados los periscopios de la minas y la memoria ecológica de los cérvidos. Sierra Morena, que por aquí se jubila de escabrosidades, es una marejada de ocasos con veleta boreal. Y sus jabalíes, que por aquí juegan entre las berzas, adquieren caras de lagartos. Acaso, sean los espíritus de aquellos 100.000 hijos de San Luis que, exactamente en este lugar, presentaron armas a Andalucía al divisar por primera vez su esplendor geográfico, lógico, después de 56 leguas de cardos borriqueros y polvo manchego. Ya lo expresó Sobieski (polaco que vino a España en 1611) con esta frase de una agencia de turismo: «Después del desierto de arenas que acabamos de atravesar durante el largo tiempo de una semana, al pisar Andalucía me pareció encontrarme en un paraíso». Acaso las jetas saurias de los jabalíes pertenezcan al Teófilo Gautier y su comparsa, ahora transformados en fantasmas, los cuales contemplaron desde estos pagos «las crestas blancas de Sierra Nevada, dó los neveros fulgían y refractaban resplandores prismáticos», lo que, aparte la cursilada expresiva, supone un imposible ejercicio de buena vista.

La Autovía de Andalucía elude los viejos, angostos y torpes pasos urbanos, de manera que ya no es factible toparse de improviso con la fachada de la iglesia de Las Navas, ni costear el camposanto de La Carolina, siempre abierto a la visita de deudos y curiosos, ni pasarse del almuerzo en La Perdiz, porque la perdiz queda a trasmano, ni ensartar las plazuelas coloniales, sobre todo de noche, de Aldea Dos

Ríos, Carboneros y Guarromán. Todos estos lugares y otros muchos son de reciente planta y dependieron de La Carolina al erigirse en capital administrativa de las Nuevas Poblaciones de Sierra Morena, el sueño de Olavide y la pesadilla de Carlos III. La Carolina, nacida por cesárea en 1767, amadrinada por la Peñuela, retiro conventual de los carmelitas donde enfermó de muerte Juan de la Cruz, y apadrinada por el Rey/Alcalde, de ahí su nombre, fue durante unas décadas martillo de forajidos montoneros y hospital insuficiente para inútiles colonos europeos. Ciudad de diseño neoclásico, junto a sus plazas geométricas partidas en dos por la corredera principal y pirindolos como centinelas, muestra orgullosa edificios de muy buena facha, como los siameses de la Plaza Mayor, siameses por agregaduría monumental, en concreto la Iglesia de la Concepción (s. xvii), templo del retiro espiritual de La Peñuela, y el Palacio de Olavide

(s. xviii), inventor, promotor e intendente de las Nuevas Poblaciones de Sierra Morena, la Arcadia furiosa, una aventura de la Ilustración con peonaje extranjero a la que puso fin la calentura de cabeza.

Desde La Carolina bajamos el urgente badén de la Autovía, dejamos al margen los pueblos antes señalados y llegamos de llano a la cruz, el bivio de los clásicos, que reparte caminos a Linares y a Baños de la Encina. Linares, de remotos orígenes ciudadanos y mineros, Cástulo y Los Palazuelos, lo uno por lo otro, fue la meta de las incursiones comerciales del oriente, las de partida terrena en Almería y parada y fonda en Galera, y por lo mismo, sede gerencial de Tartesos, véanse los despachos de Cazlona. El Luni-arae, santa sanctorum lunático, más tarde rehabilitado en Linea-rum, retahíla de altares, y finalmente Linario o Linarium, metamorfosis etimológica de aspiración latina, pueden ser los campo del lino regados gota a gota por el soterrado óxido de plomo, Linares que han devenido en campo mecánico donde se cultiva el vehículo Rover, mal templado por el Sol Naciente. La Ciudad Hílmice, patria chica de la bellísima renga que casó con Aníbal y llevo como ajuar numerosos nacimientos de galena sulfatada de color lapislázuli. Basílica industrial servida por no sé cuantas estaciones de ferrocarril, coso taurino que quitó de los medios a Manolete, tablero internacional del jaque mate, país donde tres huevos son dos pares y tantísimas otras glorias, se está quedando en el primer verso de la coplilla que decía: «Linares ya no es Linares...». Un autor contemporáneo afirma que «a pesar de ser una ciudad industrial, Linares posee monumentos relevantes». Es cierto. Y el santuario de la Virgen de Linarejos, allí mismo encontrada por Juan Jiménez en 1227, uno de los seiscientos treinta pastores españoles que descubrieron imágenes marianas en el siglo xiii.

Al otro lado de la calzada nueva de Andalucía espera largamente Baños de la Encina. De amanecida, cuando la luz primera le da de lleno, la fortaleza de al-Hamma recrece su poderoso aspecto poliédrico/defensivo, cerrado herméticamente en los bajos y serrado airosamente en los altos. El magnífico Castillo del Baño (Burch al-Hamma), por cuya posesión discutieron Alfonso de Castilla, Pedro de Aragón y Sancho de Navarra a renglón seguido del

éxito en Las Navas, goza el privilegio de izar la bandera del Consejo de Europa en la Torre del Homenaje, distinción que comparte con el alcázar de Florencia. El apellido de la Encina reitera el hecho mirífico de la aparición de la Virgen, en este caso sobre una carrasca, árbol que aún sobrevive, tradición que divirtió a George Borrow, Jorgito, el luterano repartidor de Biblias, quien, como Alejandro Dumas, anduvo de cacería por los contornos y sólo cazó a un cura carlista, del que se hizo amigo. La villa de Baños de la Encina, declarada conjunto histórico-artístico, conserva importantes obras arquitectónicas, como la Casa Consistorial (s. xvii), el templo de San Mateo (ss. xv al xviii) y los santuarios de los patronos locales, el de Ntra. Sra. de la Encina (ss. xv y xvii) y el de Jesús Crucificado del Llano (ss. xvii y xviii). En el embalse del Rumberal, muy cerquita, remansan las nostalgias de la alcaparrosa azul del Centenillo, arrastradas por las aguas venusinas del río Pinto, pero son difíciles de apreciar por mor de los veleros y fuera borda de la náutica. Lo mismo que sucede con el revuelo de los agujijones perdidos por el Imperio Almohade en la Cuerda del Enjambradero.

Para entrar a Bailén, si se rueda por la Autovía viniendo de donde venimos, hay que prestar atención al vomitorio de Jaén-Granada-Málaga o nos encontraremos la bendición de la Virgen de Zocueca, patrona de la ciudad, camino ya de Andújar. Hallado el desvío, basta seguir el palio turbio del gasóleo con el cual se cubren los alfares, hornos donde transforman los cerros en ladrillos que, embutidos en plástico, esperarán para fecundar posibles cooperativas de viviendas populares. Nosotros, y perdón por el exabrupto, pensamos que la excavación arcillosa es un atentado contra el acervo geológico del período Terciario. Bajo el dosel oscuro y por el atajo de los hostales desahuciados por la Autovía, aunque sorprendentemente perviven los concesionarios de automóviles y talleres mecánicos, encontraremos el proyecto de la autovía Bailén-Motril, ahora buscando pasillos y peraltes como Dios manda entre los girasoles. Bailén fundada por el rey Egicar en 729, según don Francisco de Paula Mellado y añade: «El nombre de esta villa, célebre ya en lo antiguo, ha llegado a ser europeo en el día de hoy». El señor Mellado escribía en 1840, lo que le hace contemporáneo del general Castaños y del mariscal Dupont, incluso recuerda el calor sofocante de aquel 19 de julio de 1808, más angustioso para las tropas francesas porque luchaban con uniformes de franela. Para Dumas Bailén fue una encerrona de los famosos bandoleros andaluces y para Gautier, que vio una palmera en algún lado, una cabila de tuaregs con sus dromedarios. Otro viajero, igualmente galo, asegura que Bailén es una población hermosa.

Entre Bailén y Mengíbar, fuera de la presencia rapaz de Jabalquinto (Geba Cantix, para los antiguos, aunque uno sospecha un matrimonio etimológico del árabe con el latín, del monte con el número ordinal) y el escondrijo de Sevilleja, lugar al que tengo prometido acercarme ya ya para cuarenta años, hay dos viaductos, uno sobre las aguas del Guadiel y el otro sobre la raquífica y chocolatada corriente del Guadalquivir, al que aun falta cauce para convertirse en el Río Grande. Y, ya, sobre el cerro (sólo 325 m. de altura) con volantes

industriales, la torre de Maquiz de los árabes, pero Mengíbar fue la Ossigi de Cayo Plinio, donde los romanos dieron guerra a los cartaginenses y todavía existe un paraje al que llaman «Campo de Aníbal». Fernando III se planta ante la torre goda o árabe de Maquiz, la conquista y deja a su hijo El Sabio que la rebautice con el nombre de Menxíbar. Emprendemos luego el viaje por el tramo occidental de la Vía Augusta, Vía Hercúlea o Arrecife Romano que, desde Mengíbar y por Cazalilla, Villanueva de la Reina e Higuera de Arjona, nos situará en un hito crucial de la Ruta de los Nazaríes, Arjona. Y no Arjonilla, como erróneamente se ha prodigado en papeles y mapas itinerarios.

Naturalmente que Arjonilla, a legua y media de Arjona, forma parte del ambiente doméstico de los al-Nasr, conocidos con el apelativo de Alhamares, tanto que en la dehesa de **Al-Hardón**, posiblemente la antiquísima Setia, aprendió a manejar caballos el primer rey de Granada, y en la vaguada del Salado, liza más tarde de escaramuzas con los iliturgitanos, practicó la eficacia de la maza y la espada. Muhammad ibn Yusuf ibn Nasr el Alhamar vino al mundo en Arjona, ya lo dijimos antes, precisamente el día de la victoria de los almohades sobre los cristianos en Alarcos. Y nació en el Alcázar, donde hoy se levanta el hospital de San Miguel, conocido desde antiguo como la Casa del Rey. Alchozami cuenta que los alhamares procedían de Zaragoza y vinieron a Andalucía tras la conquista de la ciudad aragonesa por Alfonso I (1118), estableciéndose en Arjona, y añade que los al-Nasr, tanto por sus riquezas como por la nobleza de su estirpe, eran muy poderosos y respetados. Lo confirma al-Jathib y señala que Muhammad Ibn Alhamar, aparte de la autoridad, heredó de sus padres extensos dominios, «que cultivaba con sus propias manos». La exageración de al-Jathib se reduce en la General Estoria a estos términos: «et entonces se apoderó de la tierra un alábare que dizien Mohammad Avenalhamar, que poco antes era gañan, que no avie otro menester si non seguir los bueys et el arado, et fue dallí adelane sennor de Arjona, et de Jahen, et de Granada, et de Accio (Guadix)» Así, Argote de Molina lo convierte en «pobre paston» y Lafuente en mozo de mulas. Como se ve, hay un paso de terrateniente y buen administrador de rica hacienda a pelantrín de mala muerte. Sin embargo, recibió una «esmerada educación, a propósito par el elevado rango que la grandeza y dignidad de su familia le obliga a ocupar». Al-Jatib recuerda algunas virtudes personales de Alhamar: varón admirable, militar lleno de valor y entereza, enemigo del ocio, pobre en el recibir y príncipe dadivoso, menospreciador de las diferencias y moderado en los hábitos.

Siendo alcaide de Arjona y Jaén, ayudado por su tío Yahya ibn Nasr, se rebeló contra el domino de Ben Hud y se proclamó rey de Arjona a los 36 años. Seguidamente conquista Jaén, nombrándose su rey. Muerto Ben Hud, se hace con Almería, ocupa Sevilla, se apodera de las Alpujarras y rinde las ciudades de Guadix y Baza hasta que, mediados el mes de junio de 1238, se le entrega Granada, «tomándole por rey». Muhammad I Alhamar y su parentela nazarí, con dos siglos y medio por delante, crean el portentoso modelo cultural conocido como arábigo granadino, taller de diseño artístico y gabinete de enjuiciamiento sociomusulmana,

con ciertos amagos ibéricos, que exportó ideas, técnicas y gestos creativos no sólo al África, sino a la Europa mediterránea.

Poco tiempo permaneció Alhamar en su pueblo y su reino, la Casa de la Palma Alta o Arjuna al-Harf, aquel alcázar que iluminaba durante toda la noche a la fuerte Andújar y gran parte de las riberas del Guadalquivir. Un escritor arjonero, que firmaba Al-Hayzar ibn Mardanix al-Garnathí, pone en boca de Arjona la tristeza por la marcha del hijo hacia el sur: «Te fuiste a lejanas nieves en las que el granado aún no había florecido y en las que el descanso era la batalla. Seguramente sentiste la palabra de una aventura maravillosa, labor de palacios insospechados, entrega sacrificada a los hermanos del Islam, hallazgo de placeres culturales, encomienda social insospechada. Seguramente presentiste el oro alquímico, la silueta soberbia del caballo de raza, el sensual y quimérico poder del agua y su arquitectura, la sabiduría clásica y el conocimiento empírico de la naturaleza. Me dejaste sola, pero deseo que tu ánimo construya esa fiesta inacabable para los siglos, la obra nazarí.»

En la primavera de 1244, Fernando I arrebató Arjona a Muhammad I de Granada. Infortunada primavera de la cruz, reducida a jornada sin amanecer y a bosque sin árboles, primavera útil para el desierto, rociada de otoños y camposantos. Desde entonces, Arjona es un hueco alto donde sosiegan los vientos de la historia. Uno de esos vientos fue el almohade Abdala ibn Omar el Gafequí, enterrado en el olvido arjonense, y otro de esos grandes soplos inspiradores fue Ibn Su'ayd Al-Aryuní, maestro de las tradiciones proféticas (hadit) y docto en la interpretación particular del Corán (ra'y). Los malos vientos de la historia, o séase, la estulticia y la desidia humanas, aparte del trasmano de caminos, sólo han dejado la huella poderosa del rayo encarnada en un perfil urbano que prestigia los horizontes comarcales. Arjona, en su retiro aguileño, aún es la veleta al sur de los destinos nazaríes.

Desde Arjona, por la Puente y Alharilla, la frontera de las ovas fluviales y de los ivas celestiales, y ganando el repecho obulconense, se halla Porcuna. Por allí dicen que los de Arjona eran moros blancos y los de Porcuna moros negros, seguramente para diferenciar a los al-nasr, de origen sirio, con ojos verdes y cabellos rojos, de los almorávides, de origen africano, con ojos negros y cabellera encrespada. Porcuna, la antiquísima Obulco, mantiene en activo canteras arqueológicas, un constante hallazgo de testimonios ibéricos y romanos, y canteras de piedra caliza para la edificación y ornamentación. Ciudad importante de la Orden de Calatrava (a dos pasos se encuentran Higuera de Calatrava y Santiago de Calatrava, aduanas defensivas de la Orden), conserva el centro roqueño de la Torre Octogonal, habitación realquilada por los Reyes Católicos para el descanso forzoso de Boabdil después de la batalla de Lucena. El Torreón Ochavado y la Casa de la Piedra, que construyera Antonio el cantero con el auxilio de una burra de la tercera edad, son según un amigo porcunés, los grandes orgullos de la vieja Obulco. En cambio, un amigo arjonero,

asegura que la gloria grande de Porcuna es el salpicón de mariscos que preparan en el casino.

Todo es campo de olivos, hileras de olivar que cubre las campiñas de la guerra y borran, con su calles arboladas, centenares de necrópolis de todas las épocas. Tierras que son urnas cinerarias de hechos históricos labrantíos que son tachaduras repetidas de la permanente enemiga humana. Seguimos hacia Torredonjimeno, pero, a la izquierda, agazapados en el yeso y la sal, se encuentra Escañuela, sede de los valerosos, y Villardompardo, atalaya del campo raso. Por allí corre uno de los mil arroyos salados cuya meta es el Guadalquivir, orillas en las que se cultivaba la matalahúva, las panorámicas anisadas, regajos donde pastaban reses bravas y coto de un lince con la pata rota. A Torredonjimeno se entra por calles de bajo copete irradiadas por el tufo viperino del alpechín y amablemente acariciadas por el aroma de las tortas y los frutos de sartén. En el meollo de la ciudad se sale para Martos, su hermana y vecina, mellizas en la antigüedad y condueñas del mismo nombre: Colonia Augusta Gemina y, para mayor identificación Tuccitana. Un fraile de la Orden de Menores de Granada, que firmaba con veinticuatro iniciales pero sólo se llamaba Alejandro del Barco, trató de demostrar que la Torre de Don Ximeno o Jamilena (pueblo cercano, aunque daba igual) junto con Martos (Tucci) constituyeron la mencionada Colonia Gemela Tuccitana y para ello invirtió 258 páginas de ripios eruditos en 1788. Torredonjimeno conserva casi intacto el castillo, eso sí, camuflado por dentro y por fuera con edificios recientes, y, además posee espléndidos monumentos del xvi, un poner, las iglesias de San Pedro y Santa María y las ermitas de la Consolación y de los santos Cosme y Damián, y una magnífica Casa Consistorial (s. xvii).

Hasta Jaén llevaremos de guardacostado derecho la Sierra de Jabalcuz, con Jamilena apostado en el gris paquidérmico de las escurriduras minerales del balneario, y el esquinazo de Torre del Campo, cuna del embutido casero y de Juanito Valderrama. En estos tiempos, el costarrón hasta Jaén ha mejorado notablemente el piso, incluso ha crecido el número de pistas deslizantes, cuando más de uno hemos utilizado en viejos tiempos los senderos romanos, parcheados más tarde por los musulmanes califales y alquitranados en los años 20 de este siglo por la Casa Ford de vehículos automóviles. Ahora, con tan buena carretera, uno no sabría como llegar al Cerro Miguelico, cerca de la ermita de Santa Ana, o al torreón de Almuña, en el pago de las huertas.

Hace unas páginas, en Mengíbar, nos fuimos hacia el oeste para conectar con uno de los ramales del itinerario. Ahora, nos vamos hacia la Sierra de Segura par hilvanar otro afluente de la Ruta de los Nazaríes y conducirlo rápida y escabrosamente, quiero decir dando tumbos, hacia la capital del Santo Reino, lugar donde los tres caminos serán uno, como la Santísima Trinidad. Segura de la Sierra, con Orcera, Benatae y Siles, son los cuatro confines del apocalipsis jienense. Están todo lo apartados que tienen que estar para presumir de algo muy escaso en estos tiempos, la razón de ser. Son el paraíso adivinado por todas la



civilizaciones. Y Segura de la Sierra el seguro serrano ante todas las invasiones. De origen arcaico, los íberos tomaron asiento y heredad en Segura la Vieja, al ladito, propiedad conquistada más adelante por otros pueblos, como los fenicios y los romanos, a los que les interesaba abiertamente el patrimonio ferruginoso y argentífero de sus alrededores. De ese pasado mineraje, aprovechado como Alá manda por los musulmanes, quedan numerosos vestigios, y de la protección de tales riquezas numerosos castillos y

torres. En la misma villa se alza orgullosa la fortaleza, garra de esfinge aérea, levantada seguramente (no es juego de una sola palabra) por las gentes del argar y repelladamente por cuantos individuos de distinto solar habitaron en ella, aunque en el año 781 funcione como fe de vida notarial, en ese caso de Abd al-Rahman I, también avalista de los baños árabes y de algunas de las puertas que abrían la muralla. Declarada Conjunto Histórico Artístico (1972), Segura de la Sierra es la dama hermosa en cuyas haldas vino al mundo el poeta Jorge Manrique. También patria de la oveja segureña, raza autóctona, y país del maderamen que engrandeció los astilleros de Cádiz y Cartagena.

Bajamos un poco, para visitar Hornos de Segura, pueblito con púlpito sobre el embalse del Tranco de Beas, y luego, de salvar la presa, remontamos hasta Beas de Segura. El apellido Segura que llevan tantos topónimos lo deben, es claro, a la omnipresente Sierra del Segura, con lo cual entran en el lote algunos lugares instalados en el extremo noreste de la Loma de Úbeda, como par Puerta de Segura y el mismo Beas. Lo digo porque el río Segura, que nace en la Fuente del Segura, cerca de Pontones (antes eran dos localidades, pero sólo queda el plural de una), dista muchos kilómetros de nuestro Beas de Segura. La perplejidad se debe a que uno ignora quién fue bautizado primero, si el río o la sierra. A lo que vamos, Beas de Segura es taumatúrgica invención de la mano de obra humana aliada al portento de la naturaleza. Una cosa. Otra, sin embargo, es la procedencia del nombre, Beas, dicen que equivale a valle, cuando corresponde al término latino Vía, calzada romana, alterado por la prosodia árabe. Beas, como todos los beas de la geografía hispana, son hitos del mapa de carreteras del Imperio Romano. La Casa del Valle del Paraíso, como le dijeron los musulmanes, mantiene parte del tesoro secular que le donaron antiguos pobladores y ostenta la marca (el récord para los anglicistas) del mayor número de olivos en un término municipal, 18.000 ha. plantados sobre 21.000 ha. totales.

A la vuelta de esta digresión que tampoco deja atrás La Iruela, Cazorra y otros puntos, nos acercamos a Úbeda, penúltimo peldaño de La Loma, la coronación corresponde a Baeza. De Úbeda, la Betula de los romanos y la Ubbadat al-Arab de los islámicos, y de Baeza, el caserío argárico, el almacén ibérico, la Beatia romana (presente en el Concilio de Elvira, s.

iv, acaso por lo de beatia) y la Bayyasa de los musulmanes (dicen que, expulsados por Fernando II, se llegaron a Granada y fundaron una nueva Baeza, el Albayzín, pero no es verdad, sólo incrementaron el censo del barrio granadino), de ambas ciudades, Úbeda y Baeza, sería insensato reducir a cuatro líneas su grandeza histórica, monumental, cultural, económica y qué se yo. Basta mencionarlás para reconocer su categoría entre las poblaciones españolas. De Baeza bajamos a Puente del Obispo, sobre el Guadalquivir, el viaducto construido en 1518 para aliviar el tránsito por el puente viejo de Úbeda y por el vado de Mengíbar, dos de los caminos hacia Jaén que, durante tan poco tiempo, despejara la pasarela mandada edificar por Felipe II en 1571, sobre el Guadalimar, conocida como Puente Quebrada.

De Puente del Obispo a Mancha Real hay que salvar tres de los mil arroyos salados que fluyen en la provincia de

Jaén y un torrente al que llaman Vil, todo para rememorar la dirección trazada por el cartógrafo real don Tomás López en su «Mapa geográfico del Reino de Jaén» (1761) y, después de regatear tierras aromáticas, en las que casi todo el paisaje es temperie gaseosa, buscamos el encuentro con las márgenes del río Guadalbullón, antes de llegar a la Papelera y a cara de arrabal con la ciudad de

Jaén. Es la tercera vez que hacemos parada en el lugar y desde aquí, con alguna excursión facultativa, nos encaminaremos al final de la Ruta de los Nazaríes, la antigua Corte de los Alhamares. De Jaén, como decíamos de Úbeda y Baeza, sería peregrino (en todas la acepciones de peregrino) describir su singularidad en cuatro líneas. Y tacaño, aún escribiendo frases geniales. La antigüedad, la categoría histórica, la situación geográfica, la riqueza natural, la belleza monumental, la idiosincrasia, con muchas otras prestancias, son certificados que abonan la dimensión capital de Jaén. Pero sí hay que recordar su impronta musulmana, realmente notable, al menos si consideramos el tema de este paisaje literario.

De la habitación paleolítica en Caño Quebrado, de los asentamientos del bronce final en Marroquíes Altos, de la urbanización ibérica en Puente Tablas, de la ciudadela romana llamada Auringi, del inquilinato de los visigodos en tal vivienda llegamos al siglo vii y a un topónimo distinto (la confusión sobre el origen del término Jaén desconcierta al más entendido) con sonido árabe. En el siglo ix se convierte en cabeza de distrito musulmán (cora). En el siglo xi, sabemos que un tal Alí construye los baños árabes y le asesinan mientras toma una chapuza de asiento. Parece que su hermano Cacim urbanizó lo que hoy corresponde al barrio de la Magdalena, incluso enriqueció la mezquita, de la que aún se conserva el alminar, frente a la cual se halla la casa del Cadí o Cadiato. De la época de Abu Djafar sobreviven algunos paños de muralla (s. xii). Y el Castillo, antiquísima fortaleza rehecha en distintas fechas y reforzada por Alhamar de Arjona (1232), reconstruida por Fernando el Santo (1246) y convertida en Parador de Turismo por Franco (1965). La anciana alcazaba Abrehuí, con el tiempo, vino a llamarse castillo de Santa Catalina, obtuvo el



empleo de monumento histórico artístico y hoy preside orgullosamente el sensacional podio urbano festoneado por unos alrededores espectaculares. Jaén, el Reino del Santo Rostro y la guarida del Lagarto de

Jaén, para el que esto escribe y contra la opinión generalizada de muchos exégetas, es la ciudad más andaluza de lo que hoy llamamos Andalucía, a pesar de su tardía incorporación, como el Reino de Granada, a esa entelequia regional nacida en la

mente motrileña de Javier de Burgos (1832). Aquí, siendo ya rey de Jaén, Alhamar de Arjona prepara la campaña final contra los territorios de Ben Hud y sueña, estamos seguros, la erección de un reino nazarí que mantuviera la presencia hispanomusulmana por los siglos de los siglos. Utopía, proyecto ideal de imposible realización, que, curiosamente, fue posible, aunque no por los siglos de los siglos, pero sí durante doscientos cincuenta y cuatro años.

El camino de Jaén a Granada, por lo ajustado en algunos tramos y por lo rampante en otros, por su soledumbre humana hasta hace ochenta años y por su muchedumbre forestal hasta hace quince, ha sido uno de los trayectos más hermosos y bravos de la geografía peninsular. Siendo la distancia más corta entre ambas ciudades, los viajeros de todas las épocas rodeaban por Martos y Alcalá o, en su defecto, por Huelma, Guadahortuna e Iznalloz, antes de adentrarse por la cuenca alta del Guadalbullón, los repechos del Puerto Arenas y las calmas de río Moro. Sin embargo, los recuperadores de plazas fuertes y de alquerías indefensas viajaron en zigzag, por los montes, por las vegas, por el campo raso, por los riscos y, para no perder tiempo, quemaban cosechas, talaban alamedas, asolaban poblaciones, sembraban de cruces o de medias lunas cualquier rodal. Así trabajó Muhammad ibn Yusuf ibn Nasr, Alhamar, para adquirir el terreno suficiente donde instalar el reino nazarí. Y así trabajaron los cristianos para expropiar linde, establecer frontera y rendir a los enemigos de la fe verdadera.

De esa manera entraron en la historia La Guardia, la antiquísima Mentesa, arca de sorpresas arqueológicas, obispado en tiempos visigodos y centinela poderoso de la reserva islámica. La Guardia de Jaén, con el acecho raso de la Vega de las Piedras y el túmulo orogénico del Puerto Alto, era el último ojal de una cerradura en la que hoy han prosperado las viviendas sobre huertas y viveros. La tenacidad del Guadalbullón, contracorriente de la Historia, empujaba, acaso empuja todavía, las quejas últimas de la expresión agarena, especie de azalá ininterrumpida que planea sobre los torreones de La Guardia. Decíamos que los depredadores de dominios viajaban en zigzag, en volantadas estratégicas, aplanando las escarpaduras y escalando los llanos, a la busca desatinada de ámbitos fuertes y uno de ellos fue Cambil, la resistencia impensada del orí de los Montes de Jaén. Retiro placentero

embargado por la fidelidad fronteriza, con la mano armada de Alhamar, Cambil negó repetidamente la pretensión casadera de Fernando el Católico y, al fin, cedió por derecho de trofeo. La Sierra Mágina, parque silvestre de la raya militar, aún contaba otro obstáculo almenado, Huelma, obrador ibérico de esculturas colosales, sucursal romana de la industria de cacharros domésticos y fielato atento del territorio granadino desde que el Marqués de Santillana arrendara por mano armada todos los pasillos de la hostilidad. Los cielos llanos de la paramera que cubre el Monte Santo de los tres ríos, hicieron que la peregrinación conquistadora entrara a pecho limpio en la negación de los horizontes. Era un límite ilimitado que perteneció a los Montes Orientales de la provincia de Granada, unas tierras onduladas por la marejada de la luz sureña donde las señas de identidad regia debían acogerse a los visos antiguos, como Guadahortuna, la contradicción etimológica (Río de los Huertos o Río de la Fortuna), lugar que fuera caseta de mando durante siglos, o Torre Cardela, círculo máximo del girasol, cuando siembran esta planta, espacio servil en el que, há siglos, germinaron los dólmenes, se tomaron un respiro los pueblos de oriente y comenzó a cuajar la puesta de sol nazarí. Allá por Gobernador y Laborcillas, allá por el río Fardes, dios hidromántico de las frutas buenas, en el mismo vértice de las Hoyas cercanas, comenzaron a arraigar los nefastos granadinos de finales del s. xv. Se ciñe la frontera, se reduce aquel ámbito imaginativo edificado por la pasión de Muhammad ibn Yusuf ibn Alhamar, la ventura insospechada que arranca de los altos de Ur Gabah, la inmemorial ciudad de la luz saliente, conocida en lo antiguo como Urgavona y arabizada más tarde en Arjuna, vocablo de resonancias índicas de héroe mitológico, aventura o riesgo permanente que, para sobrevivir, parece cada día, no sin dotar a esos espacios geográficos, a esas poblaciones militantes, a esas gentes entre dos religiones, de un ajuar formidable, casi imperecedero, la cultura nazarí. De Muhammad I a Muhammad XI, Boabdil el Chico, se confirma una dinastía real, acosada por toda clase de dificultades interiores y de conflictos exteriores, que dispuso de entusiasmo e ideas para generar el prodigio arabigogranadino.

Cuando las tropas de Alhamar ganan los rodales últimos de la entrada a Granada, Piñar, Iznalloz, Colomera, Moclín, los escaños de la Sierra de Elvira y Sierra Arana, las explanadas de los arcaicos lugares del Beiro y del Genil, ya resplandece en la veleta de la Casa de los Ziríes la llama nueva que avivará el volcán apagado de cien hazañas culturales y cuya lava petrificará en apoteosis de la grandeza.

Al cabo de más de ochocientos años del nacimiento de Alhamar, artífice original del legado nazarí, esperamos que se produzca el homenaje justo y cabal que merece uno de los personajes españoles más representativos. Granada es su memoria, Granada es su regalo, Granada le debe el mejor de los reconocimientos. ¿Qué hubiera sido de Granada si Muhammad ibn Yusuf ibn Nasar, el Caudillo Bermejo, no se hubiera quedado a vivir en ella?

*Francisco Izquierdo*